

## RECENSIONES

Katrien de Graef, Agnès Garcia-Ventura, Anne Goddeeris, Beth Alpert Nakhai, eds., *The Mummy Under the Bed. Essays on Gender and Methodology in the Ancient Near East* (wEdge – Cutting-Edge Research in Cuneiform Studies, 1), Zaphon: Münster 2022. 455 pp. ISBN: 978-3-96327-8.

El volumen bajo reseña procede del tercer encuentro del ciclo de reuniones *Gender, Methodology, and the Ancient Near East*, celebrado en Gante en abril de 2019. Estas reuniones, que actualmente van por su sexta edición, pretenden reunir a investigadoras e investigadores de diferentes disciplinas, cuyo interés se centra en el estudio del género en el Asia occidental y regiones adyacentes.

En este caso, el volumen recoge un total de diecisiete contribuciones, que las editoras han distribuido en cuatro bloques temáticos:

- 1) Reading against the grain
- 2) Cult and cults
- 3) Ancient Beauties
- 4) Networks and powers

Adicionalmente, hay otros apartados que merecen consideración. En una breve introducción al volumen, las editoras presentan los resultados y la génesis del volumen (pp. 7-9). Al final del libro, un índice temático (pp. 447-455) facilita el acceso al contenido del volumen. No existe, sin embargo, un índice de ilustraciones (que destacan soberbiamente en algunos capítulos) o de términos sumerios, acadios, etc.

Dado que el volumen está ordenado temáticamente, prefiero ofrecer aquí algunos comentarios organizados según las fuentes de estudio y, secundariamente, en orden cronológico. Estas valoraciones pretenden ofrecer un resumen del contenido de las contribuciones, y son necesariamente breves, subjetivas y parciales.

### Arqueología e iconografía

S. Yelözer y M. Özbaşaran (pp. 289-323) presentan un estudio sobre las prácticas rituales en el yacimiento de Aşıklı Höyük durante el IX milenio a. C. Concluyen que dichas prácticas “exhibit a collective way of life with no segregation between the sexes of age groups” (p. 313).

F. Pinnock (pp. 41-56) se pregunta directamente si el periodo del Bronce Final fue una época oscura para las mujeres sirias. La autora emplea tanto datos arqueológicos como epigráficos, siendo los primeros los que, en mi opinión, marcan el discurso y las conclusiones. Porque Pinnock responde a su pregunta con cierta ambigüedad (p. 51): ciertamente la arqueología e iconografía muestran un retroceso en la posición de las mujeres, mientras los textos irían en sentido contrario, sobre todo en el caso de las mujeres de la elite. No obstante, la autora emplea casi exclusivamente textos culturales o míticos, lo que podría tergiversar su apreciación.

L. G. Fassari y R. Frascarelli (pp. 253-287) estudian en profundidad el “Hasanlu Gold Bowl”, y en concreto la imagen de la diosa sobre el león. Dado que esta representación aparece en otras culturas, las autoras ofrecen numerosos paralelos y propuestas de interpretación. Su idea final es que “the woman-lion association enables us to deconstruct the historical and anthropological narrative based on the separation between man-woman and human-animal” (p. 280).

M. Ferrer y M. López-Bertran (pp. 233-252) analizan el concepto de belleza en las culturas fenicia y púnica en toda el área mediterránea. Su trabajo es pretendidamente arqueológico porque, aunque mencionan brevemente los datos textuales (pp. 238-239), no entran en valoraciones detalladas. De manera interesante, su idea es que el ideal de belleza “levantina” se habría diseminado por todo el Mediterráneo y habría perdurado mucho tiempo.

#### Textos: Antiguo Testamento

Este bloque está compuesto por tres contribuciones. Una de ellas (la de A. K. de Hemmer, pp. 217-231) tiene como cometido “a revision of our understanding of the use of luxurious and exotic aromas in the description of the cult of Yahweh in the Pentateuch” (p. 217). Su intención, por tanto, es mostrar cómo las referencias olfatorias transmiten aspectos concretos de la masculinidad de Yahweh.

E. B. Tracy (pp. 195-214), por su parte, investiga la presencia de mujeres en el libro del Éxodo. La autora indica finalmente: “[...] without Moses there would be no story, but without the early initiative of women there would be no Moses [...]” (p. 211). Me pregunto si este razonamiento no es demasiado simplista, y se puede aplicar prácticamente a cualquier logro o evento histórico.

K. Vermeulen (p. 173-193) estudia las numerosas metáforas que, en la Biblia Hebrea, identifican a las ciudades con mujeres y, sobre todo, con madres. Esta asociación es muy interesante: “[m]other-cities are emotional and so is violence against them [...]; any city can be mother because all cities have inhabitants and a presumed future” (p. 188).

#### Textos: mundo cuneiforme

Este bloque constituye el núcleo del volumen. Un primer aspecto, general, lo propone I. Peled (pp. 433-445), al preguntarse si las recopilaciones legales (Leyes de Hammurabi, Código Mesoasirio, etc.) habrían servido como fuente de derecho; es decir, si reflejan realmente la vida cotidiana de la gente. La respuesta es positiva, a la que el autor llega tras analizar párrafos y documentos de la práctica, siempre relacionados con mujeres. Aunque esta idea subyace en su monografía de 2020 (*Law and Gender in the Ancient Near East and the Hebrew Bible*, Routledge: London/New York, 2020, esp. pp. 4-8), creo que allí no está formulada de manera tan clara. Otro tratamiento general es el de L. Verderame (pp. 156-172), sobre la mitología mesopotámica y cuáles son las marcas de género de las divinidades relativas a la Tierra, el Mar, el Cielo y la Montaña.

El resto de contribuciones son específicas de periodos concretos, si bien —de manera sorprendente— ninguna se centra en el tercer milenio a. C. Varias trabajan con las fuentes del Bronce Medio. K. de Graef (pp. 89-121) estudia los casos de empleo de matronímicos en la

documentación procedente de la Susa paleobabilónica. La autora concluye que, frente a lo que se ha sugerido para otras zonas y épocas, el empleo de matronímicos no tiene que ver con la ausencia de un padre (o un padre legalmente reconocido), sino que su propósito es variable, dependiendo siempre del contexto. B. Fiette (pp. 327-351) analiza pormenorizadamente el papel de Zinu, la esposa de Šamaš-ḫazir en la Larsa paleobabilónica. De manera nada sorprendente, concluye que “[...] Zinu’s activities as a wife are more or less the same as those of wealthy married Mesopotamian women, whose strength and influence depended on their family’s level of richness” (p. 347). Por último, A. Goddeeris (pp. 369-406) emplea el método de “network analysis” para estudiar la denominada “central redistributive authority” de Nippur durante el s. XVIII a. C. En concreto, el foco de análisis se pone en las actividades de las mujeres en el archivo, y se concluye que estas no se encontraban en situación de dependencia respecto al *guennakkum* o autoridad central. Lo más relevante aquí es la metodología empleada, muy *time-consuming* pero con resultados siempre positivos. Esta misma metodología es empleada por A. Thomason (pp. 407-431) para el caso de las mujeres en las fuentes paleoasirias, poniendo de relieve la actividad de las mismas en la creación de redes de información y de tránsito de mercancías.

El Bronce Final está exclusivamente representado por B. Lion (pp. 353-368), en un estudio sobre las posibilidades de manejar tierras por parte de las mujeres de Nuzi. La autora concluye que “[...]even if the transactions of men and women were identical, and if the land owned by women did not constitute a particular category, the gender issue created a great inequality in terms of land wealth”.

Finalmente, el primer milenio está representado por dos contribuciones. N. N. May (pp. 125-156) ofrece un útil resumen del papel de las mujeres en el culto durante el primer milenio, con especial atención a las fuentes neoasirias. Por su parte, A. K. Guinan (pp. 57-87) analiza la tablilla 103 del *Šumma ālu*, que es la que contiene presagios de contenido sexual. Quizá lo más interesante es que la autora indica: “[T]he omens [1-7] do not depict an incipient process of female subject transformation, but only male fear of it” (p. 83).

El volumen inaugura esta nueva serie, wEdge, que pretende abrir nuevos horizontes de investigación. Sin duda, lo ha conseguido, y es de esperar que en el futuro este tipo de estudios sigan prosperando. Una buena posibilidad para ello es transformar trabajos prometedores y potencialmente interesantes en monografías o volúmenes colectivos completos. Por ejemplo, la contribución de A. Garcia-Ventura (pp. 13-37) sobre la vida de Isabel Frances Dodd, serviría como punto de partida para un libro acerca de las mujeres olvidadas en la Asiriología y en la Arqueología del antiguo Oriente. Considero que, con los materiales de los que se dispone, este volumen sería maravillosos, y casaría muy bien con el espíritu de la colección wEdge.

Por todo lo indicado, hay que felicitar a la editorial, a las editoras y a los autores, por habernos ofrecido un volumen de edición y factura impecables, lleno de perspectivas innovadoras, que sin duda abren nuevas líneas de futuro.

Josué J. Justel  
Universidad de Alcalá

Marco Ramazzotti, *Eridu, Enki e l'ordine del mondo*. 2021, ISIMU 25, Mondadori Università, Milán. Pp. XII-244, ISBN: 978-88-00-76841-2.

*Eridu, Enki e l'ordine del mondo* es un ensayo del profesor Marco Ramazzotti, de la Universidad *La Sapienza* de Roma, que indaga los orígenes de la civilización mesopotámica desde Eridu, la capital sumeria sede del dios creador Enki. Eridu es la primera capital sagrada, y será la referencia y modelo para las posteriores. Entender la importancia del medio geográfico en el que se desarrolla, la construcción de una mitología y de una imagen, que se transmiten a través de la epigrafía y de la plástica, en el lugar donde se desarrollaron por primera vez las grandes instituciones sagradas, políticas y económicas que gobiernan la sociedad, y que controlan los medios naturales de producción, están en la base y en la intención de este libro.

A través de diez capítulos, además de una amplísima bibliografía y de un pertinente y desarrollado aparato de notas, Ramazzotti recorre los distintos aspectos (que iremos repasando en esta reseña) que le permiten analizar y explicar de forma holística, desde el descubrimiento de Eridu hasta cómo se va construyendo un mito en base a la ciudad, el templo y el dios, y cómo sus imágenes, visuales y poéticas, trascienden a la Baja Mesopotamia, y sin duda son las centrales para explicar la capitalidad mundial hasta la caída de Babilonia de manos de Ciro el Persa.

Después de la introducción, el capítulo 2 trata sobre el descubrimiento de Eridu, donde hace un repaso por las primeras excavaciones e indagaciones que constataron la importancia arqueológica e histórica que hoy sabemos que Eridu tiene. Empieza por Pietro della Valle (1586-1652) y hace especial hincapié en las tres campañas de excavación britano-iraquíes (1946-1949) y en las premisas científicas que las impulsaron: Eridu era el más antiguo santuario dedicado al dios de la creación Enki; Eridu pudo haber conservado un archivo y Eridu sería el puesto más meridional de Mesopotamia en contacto con la Península Arábiga, y por lo tanto Dilmun y Magan.

El capítulo tercero es un recorrido arqueológico e histórico por Eridu. La ciudad santa debió funcionar desde el origen como un elemento aglutinante entre agua y ciudades de distintos tamaños en un territorio de pocos kilómetros cuadrados, con claridad desde el VI milenio a.C. La Babilonia caldea del I milenio a.C. codificó Sumer como el lugar sagrado original y nombrará a su distrito central como Eridu, e incluso el propio nombre de Babilonia será intercambiable con el de la ciudad de Enki. Se señalaba así, certeramente, una transferencia de identidad e importancia entre las dos capitales religiosas cruzando varios milenios.

El capítulo cuarto trata el templo de Enki en el Océano Primordial. En la tradición toponímica babilonia el templo de Enki en Eridu viene definido como la Casa del Apsû, la Casa del Océano Primordial. Sería así el vértice de la geografía cósmica babilonia, el edificio fundado en el origen de todo. Lo que hace en este capítulo Ramazzotti es reconstruir las fases arquitectónicas del templo de Eridu, planteando su secuencia estratigráfica y arquitectónica desde el nivel XVII al VI.

El capítulo quinto lo dedica al templo de Enki y a la zigurat, la gran terraza por plataformas. El edificio fue construido en el lugar más sagrado e importante del país de Sumer por Ur-Mamma y terminado por su nieto Amar-Sin. En la segunda mitad del III milenio se construyen las cuatro zigurats que señalamos como las primeras, evolución conceptual de los antiguos templos sobre terrazamiento del IV milenio: en Ur, Eridu, Nippur y Uruk. El autor plantea las características estructurales, tipológicas y morfométricas de estas construcciones que se elevaban hacia el cielo, pero que hundían sus raíces simbólicas en el imaginario sumerio, y que llega incluso hasta hoy.

El capítulo sexto analiza Eridu y Enki en la tradición epigráfica de Mesopotamia. Es una búsqueda, a través de los textos, de la visión y de la forma de la zigurat, de su forma y de su significado, análisis que también realiza con el dios y con su ciudad. Figuras literarias de recuerdo,

descripciones que son parte de la retórica de la ideología real, forman una imagen más o menos idealizada de la ciudad y del templo de Enki en Eridu.

El séptimo habla de la ideología y teología en el arte plástico y figurativo de Mesopotamia. Eridu, Enki y el orden del mundo como temas plásticos y figurativos en Mesopotamia son considerados por Ramazzotti como un tema clásico en la búsqueda de lenguajes próximo-orientales desde el principio de la Orientalística. La búsqueda de los ideogramas relacionados con la teología de Eridu ha sido uno de los grandes temas buscando correlaciones entre lo escrito y lo ilustrado. Este es el tema del capítulo, pues estos mitos e ideas, escritos y representados en imágenes, trascendieron siglos y, como origen y quizá por lo tanto justificación, fueron asimilados e interpretados por los imperios asirio y babilonio del I milenio, y también se puede buscar incluso en Flavio Josefo, Eusebio o Berosso.

El capítulo 8 se titula *El País de Sumer del mar, entre marismas, canales y el desierto*. La zigurat de Enki en Eridu es “la casa más alta sobre el mar”. El autor hace un estudio del entorno geográfico que justifica este capítulo. El paisaje actual ha sido modificado y, en su momento, cuando el Eufrates terminaba aquí, o al menos una de sus ramas occidentales y más meridionales, conformaba un paisaje donde la continuidad entre laguna y mar configuraba una continuidad sobre la que se alzaba la zigurat. Lo que en su momento fue la Casa del acuático Apsû, situada en uno de los confines del mundo sumerio, mantuvo su importancia en tiempos de Hammurabi, y sin duda con la Babilonia “centro del Universo” de Nabucodonosor II, no muy distante, y con su zigurat Etemenanki, “fundamento/unión del cielo y de la tierra”.

El ecosistema, que se mantuvo muy similar desde el VI milenio y en parte se podía reconocer en el Medioevo, explica y justifica toponimias y nomenclaturas de edificios singulares y sagrados desde el principio de la civilización.

El capítulo 9 se titula *Mitopoesía de la creación y del buen gobierno, “Eridu, Enki y el orden del mundo”*. Existe una unión indisoluble entre la ciudad santa de Eridu y el dios de la creación Enki que ha sido documentado en los textos más antiguos babilonios y en la arqueología, y es una de las referencias conceptuales más sólidas del pensamiento creador de los mitos mesopotámicos. Este núcleo que participa del constructo intelectual de la identidad sumeria se funda sobre un sistema de relaciones múltiples, diversificado y complementario, compartido y traducido durante miles de años, y transmitido en el plano figurativo y epigráfico (p. 150).

Cuando Babilonia sea el centro del mundo, Marduk, hijo de Enki, habrá sustituido a su padre en la cabeza del panteón, y otros textos explicarán el por qué y el cómo, pero solo conociendo las bases de este sistema mitopoético que se creó y luego se reinterpretó y adoptó, podemos conocer las formas y la importancia con que se transmite la justificación del poder en el Oriente Próximo antiguo. Aquí radica la importancia de este capítulo en el global del ensayo de Ramazzotti.

El último capítulo es el décimo, *Epílogo y nota para el lector*. El título del libro: *Eridu, Enki y el orden del mundo*, viene considerado un pretexto, una invitación más, humanística y científica, para recorrer los orígenes más arcaicos de la civilización mesopotámica, haciendo hincapié en sus muchas raíces, identificando sus restos esparcidos entre un Oriente cada vez más conocido y cercano, pero también masacrado.

La investigación que ha permitido elaborar este ensayo parte de fondos ministeriales y universitarios, y va mucho más allá del mundo sumerio en lo geográfico y en la cronología. Las investigaciones que el autor desarrolló en Eridu y en Omán, o sobre la importancia mítica y poética de la propia Babilonia, se van haciendo visibles a veces en las costuras de los capítulos, que van tejiendo un tapiz que explican la importancia que Eridu tuvo desde el principio de la historia mesopotámica, de cómo esta se mostró en los textos y en la plástica, y de cómo su relevancia es la

que luego fue utilizada, recordada y reinterpretada en Babilonia, el centro del mundo de la Antigüedad, que asimiló aquella ciudad santa y toda su justificación como si fuese propia, para crear otra aún más grande. Los procesos y los modos vienen también aquí reconstruidos y explicados, y es otra de las grandes aportaciones de esta investigación.

Fernando Escribano Martín  
UAM

K.-Th. Zauzich, *Siebzehn ägyptische Götter – ein jüdischer Gott, Die ägyptischen Wurzeln des Monotheismus* (Sommershausen, 2017), 5-184, ISBN: 978-3-924151-09-6.

Die hier zu besprechende Publikation wagt sich mit kühnen Spekulationen zum Monotheismus jüdisch-christlicher Prägung hervor. Die Ursprünge des Phänomens werden aus einer pan-ägyptischen Perspektive heraus beleuchtet. Das Buch blickt auf eine vierzigjährige Entstehungsgeschichte zurück. Der inhaltliche Aufbau des Werkes besitzt folgende Gestalt:

In 0 wird eine kurze Einführung in die ägyptische Hieroglyphenschrift gegeben. Das Medium lässt sich zeitlich von der Mitte des 4. Jtsds. v. Chr. bis ins 3. Jhd. n. Chr. nachweisen (9). Die Schriftrichtung konnte a) horizontal von rechts nach links, b) horizontal von links nach rechts, c) vertikal und nach rechts, d) vertikal und nach links verlaufen (9).

In 1 wird über den Namen Eje gehandelt. Das erste Element „T“ des Namens soll eine Abkürzung für „Imn“ „Amun“ und das zweite Element „j“ eine Koseendung bilden (15). Im Ergebnis soll dabei die volle Form „Imn-htp“ zugrunde liegen. Die Gleichung ließe sich für den ersten Teil mit etwas Mut zum Risiko durchaus vertreten. Der Autor windet sich aber um die Antwort herum, warum der Name in der Koseform in die offizielle Königstitulatur aufgenommen worden wäre. Der Fall würde im gesamten Neuen Reich Seinesgleichen suchen. Die alte These einer syrisch/mitannischen Herkunft des Namensträgers wäre vor diesem Hintergrund erneut zu prüfen, die auch viel besser zu den Pferdetätigkeiten des Mannes passt.

In 2 wird auf Jahwe eingegangen. Der eigentliche Name des Gottes „Imn“ „Amun“ soll „Ij“ gewesen sein (20), wobei der umgekehrte Weg von „Imn“ zu „Ij“ wie in Kap. 1 sehr viel realistischer ist. Das Wort „htbnt“ ist vielleicht semitisch in „das Ebenbild“ aufzulösen (22), was sehr gut möglich ist. Die Aussage, dass die Verbindung „htbnt Ij“ den Urgott „Ij“ enthält (22), fällt dennoch zu apodiktisch aus. Die angebliche Entsprechung zwischen der vokalisierten Form des Namens „Ij“ und dem jüdischen Gottesnamen Jahwe/Jah (24) beruht wohl nur auf einer Kling-Klang-Etymologie. Die Verdoppelung „Jah Jah“ in Jes 38, 11 ist wohl nicht als Reminiszenz an die ursprüngliche Dualform (26), sondern nur als bloßer Schreiberirrtum zu verstehen. Die genaue Ursache für die behauptete Stimmigkeit der Wahl des ägyptischen Namenselement „Jo-“ bei der Umbenennung von Eljakim zu Jojakim wird dem Leser vorenthalten (29). Die angebliche Parallele beim Doppelnamen Aper-El/Aper-ja (30) ist jedenfalls wertlos, da dort nur das auslautende „r“ abgestoßen wurde. Die Gleichsetzung von „verzehrendem Feuer“ und „essendem Mann“ in Deut 4, 24 (30) tut dem hebräischen Text zu große Gewalt an.

In 3 wird über das Wort Gottes gesprochen. Die Argumentation zum Monolog des Faust als „berühmtestem“ (!) Schriftstück über den Prolog des Johannesevangeliums und dem Beleg für den Gott „Ij“ auf der Statue des Chaemwese (36-37) dreht sich im Kreise. Der Autor wirft mit christologischen Konzepten um sich (39), die im ägyptischen Kontext wenig fundiert sind.

In 4 wird Eva erörtert. Der Zusammenhang zwischen der femininen Eva und dem maskulinen ägyptischen Urgott „*hh*“ (44), ist abzulehnen, da der Hinweis auf die Zweigeschlechtlichkeit der ägyptischen Urgötter zu kurz greift.

In 5 wird über Adam und Atum theoretisiert. Die Verbindungen zwischen Adam und Atum, Schu und Abel sowie Tefnut und Kain (52-55) halten nicht der Kritik stand. Die grammatikalische Form „das Ausgespiene“ für die Etymologie des Namens Kain würde im Hebräischen als passives Partizip eine andere Vokalisation verlangen.

In 6 wird zur Neunheit und Achtheit Stellung bezogen. Die angebliche Historizität von Joseph und Moses (56) darf wohl leicht angezweifelt werden. Der fehlende ägyptische Nachweis der neu geschaffenen Neunheit (58) hätte vor deren Annahme warnen müssen.

In 7 wird Seth thematisiert. Die Verkörperung von Horus und Seth in der Dualität des Urgottes „*Ij*“ (63) ist völlig aus der Luft gegriffen.

In 8 wird ein ägyptisches Onomastikon als Vorlage der Verfasser der Genesis ins Spiel gebracht. Die Überlegung lässt sich mit streng wissenschaftlichen Methoden weder verifizieren noch falsifizieren. Der Zusammenhang zwischen dem hebräischen „Tohu-wa-bohu“ und dem ägyptischen „*b3-b3*“ „Erde aufhacken“ (69) ist ersatzlos zu streichen.

In 9 werden die Urväter betrachtet. Die Erklärung einiger Urväternamen als hebräische Wiedergabe von ägyptischen Königsnamen der 13. Dynastie (73-76) stellt einen interessanten Versuch dar, der aber vorerst hypothetisch bleibt. Das ägyptische Pendant zu hebräisch „*id*“ „geschlechtlich erkennen“ wäre – nebenbei bemerkt – statt in „*si3*“ (78) eher in „*rh*“ zu erwarten.

In 10 wird die Familie des Lamech analysiert. Die Herleitungen der Namen der Mitglieder der Familie des Lamech aus ägyptischen landschaftlichen Begriffen (81-83) sind wenig überzeugend. Die Notwendigkeit zu diesem Schritt geht zumindest dem Rezensenten nicht ganz auf.

In 11 wird über Noah und seine Söhne gehandelt. Die Erklärung der Namen der Söhne des Noah durch Bezeichnungen für die Himmelsrichtungen (84-86) führt in die verkehrte Richtung, da sie alles andere als zwingend ist.

In 12 wird das Ende jenes Onomastikons abgegrenzt, ohne dass ein eigener Vorschlag gemacht wird.

In 13 wird der Zeitpunkt für die Übernahme der ägyptischen Wörter in die jüdische Religion eruiert, die nicht vor der späten 19. Dynastie geschehen sein soll (99).

In 14 werden weitere Fragen und Aufgaben für die künftige Forschung notiert. Die Ableitung des Namens Zebaoth von der ägyptischen Wurzel „*d3m*“ „Jugend/Generation/Nachwuchs“ (102) schießt meilenweit über das Ziel hinaus. Die Annahme eines nicht belegten ägyptischen Wortes „*j*“ „Licht“ verbietet sich von selbst.

In 15 werden weitere Personennamen mit „*J\**“ und „*Iw*“ gesammelt (108-115) und die Vokalisation von „*hh*“ sondiert. Das Pendel schwingt im letzten Fall zugunsten von „Huh/Hoh“ aus (119).

In 16 kommt es zur Zusammenfassung (120-124).

In 17 werden einige Erläuterungen geliefert (125-127), die teilweise etwas belehrend wirken.

In 18 wird das Literaturverzeichnis eingebunden (128-144).

In 19 schließen sich die Indices an (145-156).

In 20 werden letzte Nachträge hinzugefügt.

Im letzten Kapitel werden die Hauptthesen des Buches gebündelt (172-183).

Das Buch lässt den Rezensenten etwas ratlos zurück. Die Gedanken bauen z. T. auf denkbar schwachen Grundlagen auf. Der Autor redet sich zu viele „Entdeckungen“ schön, die höchstens zufällig motiviert sind. In mehreren Fällen wird vorausgesetzt, was eigentlich erst noch bewiesen

werden soll. Der Autor lehnt sich bei der Sekundärliteratur z. T. an veraltete Meinungen an. Das Buch zeigt einige Redundanzen, die offenbar dem langen Entstehungsprozess geschuldet sind. Die Entscheidung zur Lektüre muss daher jeder Leser für sich selbst treffen.

Stefan Bojowald, Bonn